

Diciembre 27, 2001

LAS VARIADAS FACETAS DEL TERRORISMO

Por Agustín Saavedra Weise (*)

El diccionario de la Real Academia Española define al terror como “miedo intenso”. Terrorista sería aquél que provoca ese pánico o miedo intenso y terrorismo, los actos sistemáticos que inducen al citado miedo.

En esas definiciones amplias y globales, cabe insertar varias aclaraciones sobre un tema tan candente y que en estos momentos se lo define con una unilateralidad muy estrecha.

Los terribles sucesos del pasado 11 de septiembre ocurridos en EE.UU. son actos de terrorismo, hechos por terroristas y ciertamente han producido terror. Eso es innegable y ahora se procura encontrar al culpable intelectual –el escurridizo Bin Laden– y a su pandilla activista “Al Qaeda”. Empero, cabe recordar que hay muchas otras formas de terrorismo. Y no me refiero a los penosamente conocidos grupos terroristas del país vasco (ETA) a los irlandeses del IRA, las antiguas brigadas rojas de Italia, al “Sendero Luminoso” peruano y/o muchos otros grupos parecidos diseminados por el mundo.

De una u otra manera, tales grupos son todos similares tanto en sus actos de terror como en su indiscriminado y deleznable accionar, ya que les da exactamente lo mismo que mueran inocentes, mujeres y niños, con tal de dejar un “escarmiento” frente a lo que ellos consideran sus “legítimas” demandas. Con todo lo atroz que este tipo de terrorismo resulta ser, no debemos cegarnos ni centrarnos únicamente en él. Hay que procurar una visión más amplia del terror y de sus perpetradores, sean éstos voluntarios o involuntarios.

Frente al terrorismo común o vulgar, existe también una suerte de terrorismo económico que ha sido aplicado en muchas ocasiones –y algunos dicen se sigue aplicando hoy– por varios países ricos y hasta por organismos internacionales.

En el contexto de los países emergentes, las devaluaciones, la corruptela y la inflación son también formas de terrorismo económico que se aplican sobre sus sufridos ciudadanos, quienes viven con temor de perder sus ahorros y sufrir cataclismos ocasionados por administraciones ineptas y deshonestas.

A lo expresado debemos agregar el terrorismo de estado, el que ocurre cuando un país aplica métodos de terror –sin respeto por la propia ley– para suprimir al terrorismo interno, para “castigar” o reprimir a sus súbditos o para ejercer dominación sobre territorios ocupados. El pasado Siglo XX ha sido especialmente pródigo en este tipo de terrorismo de estado y es lastimoso ver que en los albores de este nuestro tercer milenio todavía hay estados nacionales que siguen ejerciéndolo.

Así sucesivamente, se puede desgranar toda una serie de subdivisiones del terrorismo y cada una de ellas con su macabra secuela, no siempre de violencia pero en todos los casos sí de miedo y temor, objetivo esencial de los responsables del terror. Hasta las campañas de difamación y la propalación de acusaciones sin fundamento podrían ser calificadas de “terroristas”, desde el momento en que siembran temores o dudas y dañan la honra ajena.

La comunidad internacional desea fervientemente que se acabe con el terrorismo y que la actual guerra que se libra contra él termine pronto y con éxito. En este ámbito, desde mi muy modesta perspectiva, creo que también es necesario luchar para que al mismo tiempo se cancelen las otras ocultas formas del terror que por el lado económico y por el lado estatal, político o individual, también siembran pavor entre pueblos y entre las personas, crean miseria, fomentan resentimientos de difícil resolución y círculos viciosos de continuas represalias o, peor aún, generan odios u opresión.

En estas épocas de fin de año y “ad portas” del 2002, esa es nuestra esperanza para la humanidad: el fin del terror y de todas las formas de terrorismo que la perversidad del hombre ha creado para dañar a sus semejantes. Todos queremos vivir en paz y bajo el ámbito de la justicia, sin “vendettas” ni terroristas de toda laya.

-----00000-----

(*) Economista, diplomático y politólogo, ex Canciller de la República